

SECCIÓN DE OBRAS DE ANTROPOLOGÍA

---

ENCUENTROS HEROICOS

*Seis escenas griegas*

CARLOS GARCÍA GUAL

# ENCUENTROS HEROICOS

*Seis escenas griegas*



## ÍNDICE

<i>Prólogo: La lectura de los clásicos y sus ecos</i> . . .	9
I. Príamo y Aquiles . . . . .	17
II. La hospitalidad de Eumeo. El porquerizo y el falso mendigo . . . . .	41
III. El amor inútil de Tecmesa . . . . .	61
IV. Una cita de amor y ambiguas promesas (Apolonio de Rodas, <i>Argonáuticas</i> III) . . . . .	81
V. Encuentro espectacular en Babilonia . . . . .	97
VI. Alejandro y los árboles proféticos del Sol y la Luna . . . . .	117
<i>Epílogo: Si se ausentan los dioses...</i> . . . . .	137

## PRÓLOGO

### LA LECTURA DE LOS CLÁSICOS Y SUS ECOS

Tal vez no sea superfluo anteponer unas líneas de introducción a este pequeño libro, que es, sencillamente, una invitación a releer seis escenas de la literatura griega. Son seis escenas que tienen, en mi opinión, un especial atractivo por sus contenidos y su forma: tres de ellas pertenecen a la literatura más clásica: dos son de Homero y la tercera de una tragedia de Sófocles. Las tres últimas proceden de textos menos clásicos y de época más tardía, pero no son menos emotivas, ni menos sugerentes. Son escenas muy distintas entre sí, de evidente originalidad y de efectos literarios muy logrados.

Sé bien que las lecturas comentadas no son un género de libros ahora en boga. Y mucho menos cuando se trata de escenas tomadas de la antigua literatura griega, relegada al olvido por el hecho de ser antigua, es decir, distante y extraña, en nuestros días. Creo, sin embargo, que también lo inactual y poco frecuente tiene su atractivo, e incluso que esa distancia unida a su originalidad ofrece un fuerte y singular atractivo. Somos lectores, en general, triviales y apresurados. Quizás de manera inevitable. Manejamos demasiados libros y papeles, una infinidad de mensajes y noticias en el ordenador, y no nos permitimos a menudo en la lectura el dedicar mucho tiempo a uno u otro texto. Pero, a pesar de todo, quiero invitar a una lectura lenta, atenta y detallista, una lectura demorada en palabras y voces de estos pocos fragmentos lejanos. Es una pretensión muy a contrapelo de los hábitos actuales, desde luego. Sin embargo, cuando nos enfrentamos a escritos de una cierta densidad intelectual o poética, venidos

de lejos y envueltos en un prestigio de siglos, tal vez esa lectura despaciosa –algo que escritores como Nietzsche y Steiner coinciden en reclamar para comprender de verdad cualquier escrito valioso– merezca la pena. Sugiero que, casi como desafío y deporte intelectual, podríamos permitirnos ensayar esa actitud de cuando en cuando. Por ejemplo, con estos encuentros admirables.

Los textos llamados clásicos merecen esa atención demorada y una mirada a fondo para entenderlos y degustarlos. Creo que la reclaman y ahí, en buena parte, estriba su dificultad de acceso para la mayoría de lectores, en esta época de prisas, ruidos y apremios, un tiempo de excesiva afición a los *best sellers* y de injustificado e infatuado desdén hacia la literatura tradicional, más densa, más “inactual”, más intempestiva. No pretendo de ningún modo referirme al hecho de que esos textos antiguos formen parte de un canon académico más o menos prestigioso. Apunto, sencillamente, que forman parte de la literatura de larga duración, la que el viejo Schopenhauer llamaba sin más “literatura permanente”.

El filósofo romántico alemán, que prefería, como el sagaz Montaigne, leer a los clásicos griegos y latinos más que a los escritores de su propia época, recomendaba leer a los antiguos, y no a sus comentaristas, que resultaban de mucho menor interés. “Leed intensamente a los antiguos, a los antiguos de verdad. Lo que los modernos dicen acerca de ellos vale muy poco” escribió, retomando el epigrama del ilustrado A.W. Schlegel. Pero, ciertamente, eran otros tiempos, cuando la lectura de esos viejos clásicos aún confería notorio prestigio intelectual. En nuestra sociedad mediática son muy pocos los que los aprecian. Hasta los textos más famosos clásicos han desaparecido de los programas educativos. (En España, de todos modos, no gozaron nunca de gran aprecio.) Políticos, pedagogos, y periodistas han apoyado una radical eliminación de tales lecturas en la enseñanza de cualquier nivel. Su utilidad social pa-

rece escasa y su papel en la formación de una visión crítica y estética del mundo actual un lujo discutible.

Desde luego no voy a discutir ahora esas opiniones y ese rechazo y olvido. Pero he citado el consejo de Schopenhauer porque quisiera apostillar algo sobre el valor de lo que los modernos pueden decir de los antiguos, ya que me conviene para justificar las páginas siguientes. Estoy muy de acuerdo en que lo importante es el enfrentarse a esos textos y entenderlos y, de algún modo, recobrar sus voces y dialogar con ellos. Pero los estudios y comentarios modernos pueden servir para acercarnos a ellos, y proporcionarnos un enfoque o una perspectiva apropiada para un mejor entendimiento. Teniendo en cuenta la inevitable distancia, en el tiempo, en la lengua y en la diversa sensibilidad, un comentario ágil y actualizado puede ayudarnos a la percepción de su mensaje y acercarnos sus palabras y aclararnos muchas alusiones y referencias más o menos implícitas en esas obras antiguas. Nos ayudan a entender no sólo los textos, sino también los contextos que son indispensables para su cabal comprensión. Esa es, en mi opinión, la tarea de los filólogos: enseñar a leer a fondo esos antiguos mensajes. Cierto es que conviene no confundir esa tarea filológica con los comentarios y los comentaristas excesivos, académicos, pedantes, minuciosos, prolíficos, ramplones, etc., que a menudo ahogan los viejos textos con sus extensas y múltiples anotaciones o toman los textos como pretextos para exhibir una erudición rancia y repetitiva. En la usual proliferación de las notas a pie de página de muchas ediciones de clásicos es fácil encontrar ejemplos frecuentes de esas agobiantes demostraciones.

Aquí, por el contrario, he intentado rehuir las glosas superfluas. Estas páginas no pretenden apostillar ni exponer todo cuanto sabemos los filólogos acerca de esos textos y autores antiguos. Aunque es probable que, en más de una ocasión, haya rozado el defecto que critico, he querido sugerir, con mi mo-

desto oficio de filólogo y mi experiencia de añejo lector, todo lo que las palabras antiguas intentan decirnos todavía, es decir, lo que me parece esencial y más vivo en esas escenas dramáticas y emotivas, y recordar algunos ecos y contrastes con otras escenas y figuras del repertorio literario y mitológico del mundo griego. He adoptado para recontarlas un punto de vista personal, basado en mi interés y simpatía hacia estos pasajes y personajes casi todos de origen mítico, pero rediseñados por sus versiones literarias. Son escenas y encuentros que acuden a mi memoria una y otra vez. Quería, en fin, invitar a compartir el placer de estas lecturas a algunos ocasionales lectores y facilitarles la comprensión de esas escenas y sus personajes con algunas reflexiones y alusiones a otros textos.

Como decía antes, parece que estos son malos tiempos para una lectura detenida de la literatura de otras épocas y otras lenguas. Afortunadamente la traducción nos ayuda a sortear la dificultad que supondría enfrentarnos a palo seco a los textos griegos y latinos y ofrece a todos los que se interesen por ellos una versión en la propia lengua. En ese aspecto tenemos una gran ventaja sobre los lectores de épocas pasadas. Tenemos ahora excelentes versiones españolas de todos los textos clásicos, versiones fieles, claras, actuales y accesibles. Me he servido de algunas de las más precisas y recientes, como indico luego. Aunque alguna vez es conveniente aludir a las palabras originales para precisar el sentido de un término esencial en una frase importante, y para ello sirve bien el apoyo filológico, esto sólo sucede, como el lector verá, en algún pasaje muy puntual de los pasajes que comentamos. Y viene bien dar algún ejemplo para subrayar que la mentalidad de los antiguos no era en muchos aspectos idéntica a la nuestra, sino que tenía un sistema de valores y expresiones léxicas con un campo semántico diferente al de nuestra lengua. También la inactualidad debe ser apreciada como algo positivo, y entender esas diferencias, esos matices propios del sentido –que a veces una

traducción superficial suele pasar por alto— enriquece nuestra visión del mundo. En el fondo la filología es una lectura comprensiva y un diálogo con las voces del pasado.

A este respecto quisiera señalar que el declive notorio de los estudios clásicos viene acompañado por una notoria decadencia de la filología en su sentido más amplio. No sólo en España, donde la crisis de estos estudios depende en una gran medida de los nuevos planes de estudios y del descrédito de las humanidades (como he comentado en otros lugares), sino en todas partes; es decir, en Europa y en Estados Unidos. Como dato anecdótico mencionaré un libro que allí, en Estados Unidos, causó tremendo revuelo entre los universitarios, pero que aquí apenas es conocido y no fue comentado (que yo sepa).

“¿Quién mató a Homero?” se preguntaban, en un título sin duda provocador, dos helenistas norteamericanos, V.D. Hanson y J. Heath, hace ya unos diez años (*Who killed Homer? The Demise of Classical Education and the Recovery of Greek Wisdom*, Nueva York, Free Press, 1998; 2.<sup>a</sup> edición, Nueva York, Encounter Books, 2001), y proponían una respuesta aún más provocadora: los profesores universitarios de clásicas. Se referían al mundo universitario norteamericano, donde en los años anteriores el porcentaje de estudiantes de latín y griego en universidades de prestigio había bajado de manera muy alarmante, hasta reducirse a un número de estudiantes mínimo, y casi desaparecer de numerosos programas y algunas facultades. Según Hanson y Heath, el afán de erudición muy refinada y la atención a cuestiones especializadas que permitían una carrera académica ventajosa se unían a una desatención a los grandes temas y autores más significativos del legado clásico, y ese abandono del mensaje humanista básico habría provocado la deserción masiva de alumnos, muy poco motivados hacia esos estudios de muy escasa repercusión social e intelectual y discutida vigencia cultural. Algo parecido a lo que, con profusión de datos y estadísticas, denunciaban estos colegas del otro lado

del Atlántico, ha sucedido durante los mismos años en Europa, incluso en los países de más larga tradición humanista. Pero es muy dudoso que los profesores de letras clásicas, ansiosos de erudición y duchos en ascensos académicos, se hayan conjurado para la liquidación progresiva de los estudios de latín y griego, y aún más que puedan cargar con la responsabilidad de esa decadencia de las lenguas clásicas en la universidad. Algo muy anterior, como se ve, al actual plan de Bolonia.

La tesis de ese libro me parece muy exagerada y bastante injusta.<sup>1</sup> (No del todo, creo.) Pero hay algo que sí debemos considerar en esa perspectiva agónica: la actual decadencia de los estudios de lenguas clásicas en las universidades (y, al menos en la vieja Europa, también en la enseñanza secundaria) es un hecho indiscutible. (Aunque quizá no sea un proceso fatalmente abocado a la ruina de esos estudios. Tal vez sea tan sólo un eclipse bastante duradero.) Pero la culpa no es de los profesores, o sólo lo es de una manera mínima, por no haber sabido defender y publicitar con acierto los atractivos actuales de los mismos; sino de los tiempos. Nuestro tiempo no es una buena época para fomentar la lectura a fondo –como numerosos críticos han explicado bien desde varios puntos de vista–. No siente aprecio por lo antiguo ni cree en el valor del pasado para entender las urgencias del presente. La sociedad del consumo rápido, la cultura líquida, la carrera tecnológica desenfrenada, esta sociedad de masas, dominada por los medios audiovisuales y atontada por sus presiones mediáticas, ha dejado de estimar –en su conjunto– las aficiones culturales selectas y de larga tradición.

Y, sin embargo... Homero aún perdura vivaz. Y no corre peligro por mucho que disminuyan los estudiantes de letras

<sup>1</sup> V.D. Hanson, J. Heath y B.S. Thornton insisten en sus tesis y puntos de vista y resumen la polémica sobre estos temas en *Bonfire of the Humanities. Rescuing the Classics in an Impoverished Age*, Wilmington, Isi Books, 2001.

clásicas. Los estudios homéricos, por otra parte, han tenido enormes progresos en los últimos años, la bibliografía sobre la *Ilíada* y la *Odisea* sigue multiplicándose sin tregua, y se avivan las discusiones sobre su poesía, el mundo homérico y su contexto histórico, sus modernos ecos, incluso más allá de los ámbitos profesionales. Siguen apareciendo en las más diversas lenguas nuevas traducciones de textos homéricos, como también de muchos otros clásicos antiguos. (Por más que en algunos programas universitarios y en *El canon occidental* de H. Bloom, por ejemplo, se prescindiera de todos los autores antiguos.) Los viejos clásicos perduran y perdurarán, apuesto por ello, más allá de estas y otras crisis académicas en manos de lectores que no los leen por prescripción pedagógica. Los antiguos, fueran poetas, historiadores, dramaturgos o filósofos, no escribían para las instituciones educativas, sino para lectores inteligentes, para algunos individuos, los más críticos o sensibles. Confío en que éstos los seguirán leyendo. Los clásicos han sobrevivido a otros naufragios culturales, conservan sus nobles acentos, y guardan todavía muchas cosas nuevas que decirnos y recordarnos. Como apuntaba Calvino, “clásico es un texto que tiene siempre algo más que decir”. Nuestro imaginario no es infinito y guarda arquetipos que reaparecen luego en curiosas metamorfosis. Las imágenes de los mejores mitos siguen ahí, gracias a “la literatura permanente”.

No quiero alargar más estas líneas. Tan sólo quieren justificar estos ensayos que invitan a leer o releer despacio unas escenas de indudable intensidad dramática. Son breves encuentros extraídos de textos clásicos griegos,\* y nos hablan de motivos humanos de eterno interés: de la compasión, la hospitalidad, del amor y sus riesgos, de la resignación ante el destino.

\* Al citar los textos utilizo las traducciones de Emilio Crespo (*Ilíada*), Asela Alamillo (*Áyax*), Julia Mendoza (*Quéreas y Calírroe*), y las mías (en *Odisea*, *Argonáuticas* y *Vida de Alejandro*), publicadas en la Biblioteca Clásica Gredos y en Alianza Editorial.